

## LA VOLUNTAD DIVINA.

Dios es inteligente: nuestra pequeñez ha podido comprenderlo y ha podido medir hasta donde es posible esa inteligencia por medio de su ciencia, infinita en su objeto, que es Dios mismo; inmensa en su extensión, porque abraza todos los seres existentes y posibles; incomunicable en su naturaleza, porque no se forma, sino que es; una en su plenitud, porque concentra, digamos así, todos los conocimientos en una sola percepción; inmutable, en su verdad, porque existe siempre igualdad absoluta entre la inteligencia divina y su objeto, entre el conocimiento de Dios y su palabra; universal en su eficacia, porque es fuente inagotable de todo ser y toda ciencia.

Si en Dios hay inteligencia, debe en él necesariamente haber voluntad: la voluntad sigue al entendimiento, *voluntas enim*, dice Santo Tomás, *intellectum consequitur*.

Y tiene que ser así: todo ser necesariamente apetece su perfección y la conservación de su ser, y lo apetece según su naturaleza.

Así los seres que carecen de conocimiento buscan la perfección de su forma por un apetito natural; el fuego tiende á subir, la piedra tiende á descender: en los seres dotados de sensibilidad, el apetito es sensible, y por eso el animal busca el alimento para la conservación de su vida.

En los seres intelectuales la tendencia es de otra clase: el entendimiento se pone en acto entendiendo, es decir, mirando en su interior la forma ó especie inteligible: entonces se despierta la tendencia ó inclinación á ese bien entendido comprendido ó visto por la inteligencia: si el ser consigue ese bien, visto por su inteligencia, descansa en él, se complace y goza: si no lo tiene, lo busca y desea alcanzarlo.

Este apetito es la voluntad.

En consecuencia, si el ser tiene inteligencia, si el ser se pone en acto, entendiendo, mirando en sí mismo, en la especie ó forma intelectual, un bien, tiene que apeteerlo, es decir, el ser inteligente debe tener voluntad.

Si, pues, Dios es el supremo inteligente, debe tener voluntad suprema.

Pero en Dios esa voluntad no es como en las criaturas, una facultad indigente y llena de de-



seos que no aspira, sino gota á gota, el bien que desea, una facultad que tiene necesidad de ser movida por un bien puesto fuera del ser que ella mueve, una facultad que se perfecciona por actos múltiples y sucesivos.

La voluntad divina está satisfecha, sin desearlo ni esperarlo, del bien mismo, del ser divino; no tiene otro fin que este bien, está esencialmente en ella y ella está esencialmente en él; aunque produzca una multitud de seres y de perfecciones, no se multiplica ni se divide: su acto es único y eterno como ella.

Como Dios es su inteligencia y su ciencia, es su voluntad y su querer.

La voluntad divina es, en su modo de obrar, libre y omnipotente.

La voluntad divina es santa, en lo que ella quiere, busca y desea.

Una voluntad es libre, cuando está al abrigo de toda coacción y de toda necesidad.

La voluntad humana está libre de coacción, es decir, la violencia no puede ejercer sobre ella imperio alguno.

El cuerpo es el único que puede ser esclavo de la violencia.

El alma, por su noble naturaleza y sus valerosos esfuerzos, escapa de su tiranía.

La historia, en sus más luminosas páginas, nos hace conocer que, aunque se desgarré el cuerpo de un hombre, se le abran las venas y se le amerace con la muerte, de sus labios martirizados no ha salido una palabra que signifique la renuncia á sus creencias, á sus esperanzas y á sus afectos.

Bajo el imperio de la más desenfrenada crueldad, de la coacción más dura y más espantosa, el hombre conserva en el santuario de su alma la libertad de sus determinaciones.

La voluntad humana es libre, porque la coacción, la violencia, no se hace sentir sobre ella.

Pero no está libre de la necesidad.

La necesidad que nace de las leyes, sobre las cuales descansa el orden universal, imprime un movimiento que es necesario seguir.

Ella es la que preside á la gravitación de los cuerpos, la que impulsa á los instintos á los bienes sensibles, la que impele á las voluntades hacia la felicidad. Y, sin embargo, la voluntad humana, aunque impulsada por la necesidad, es libre.

Nadie se ha quejado ni ha pensado en quejarse



de no ser libre, porque la necesidad lo impulsa hacia el bien.

No se siente ni empequeñecida ni deshonrada, porque la necesidad la impulsa.

Y es que esa necesidad le viene de Dios y Dios mismo la siente, sin que por eso sufra su perfección infinita.

“Sol sin declinación, dice el Padre Monsabré, océano de vida, naturaleza plena y perfecta, dotada de todos los encantos, belleza inefable, bondad indecible, Dios no puede dejar de quererse ni de amarse tal como es: quererse y amarse es su felicidad. Nada de violento, nada de ciego, nada de irracional puede encontrarse en el atractivo que lo torna hacia él mismo y lo retiene en su esencia. Todo él, es dulzura, luz, razón infinita, y este atractivo, lejos de perjudicar al poder universal de su voluntad, le da la plenitud misma de su ser.”

Dios, para amarse á sí mismo, no es libre: tiene que amarse necesariamente.

En consecuencia, la libertad de la voluntad divina no debe buscarse frente á frente de su perfección soberana: debe buscarse frente á frente de las criaturas.

Bajo esta segunda relación, Dios es libre con una libertad absoluta y completa.

Así lo proclama, en primer lugar, la escritura divina, que es la historia más completa de las relaciones de Dios con las criaturas. ▶

Dios, por su libre voluntad y no por necesidades de su naturaleza, ha realizado la creación: *omnia*, dice San Pablo, *operatur secundum concilium voluntatis suæ*.

Si quiere mostrarse clemente con los pecadores, no escucha más que las inspiraciones de su voluntad: *Miserebor*, dice Dios en libro del Exodo, *cui voluero, et clemens ero in quem mihi placuerit*.

Con igual libertad obra en sus venganzas: *Deus ultionum libere egit*.

La vida humana ha proclamado y proclama siempre la libertad de la voluntad divina.

La vida humana renueva sin cesar un acto que, sería incomprensible, si se dirigiera á la necesidad.

La vida humana ha hecho siempre oración: la oración, esa difusión de una naturaleza indigente en un corazón liberal, ese grito de la miseria á la suprema beneficencia, ha sido siempre y en todos los siglos un movimiento instintivo y natural á que los hombres no han podido resistir.



“Se usa de la violencia, dice el Padre Monsabré, para impedir al hombre que se acerque á los santuarios en donde espera encontrar gracia delante de Dios, y él desafía la violencia; se inventan sistemas para probarle que se entrega á un acto inútil, y él desprecia los sistemas; el orgullo le aconseja que apele únicamente á su valor y á su gran corazón, pero el orgullo se cansa de sufrir y la miseria triunfante dice al que lo oprime: ¿por qué revelarte y endurecerte? De rodillas desgraciado, de rodillas, ya es tiempo.”

“Los sistemas, agrega el Padre Monsabré, la violencia y el orgullo no resisten á esas olas de amarguras y de angustias que desbordan del corazón humano atormentado por el infortunio, á ese huracán de deseos que pide en las horas tristes protección y socorro; solitario en su hogar, con apiñada muchedumbre en lugares que ha hecho célebres la clemencia del cielo, el hombre ora siempre. Oh Dios, dice, ven en mi ayuda, apresúrate á socorrerme.”

Semejantes actos, ¿pueden engañar y no ser más que un desperdicio grotesco del sentimiento religioso?

Tal cosa no puede pensarse y si se pensara, na-

die se atrevería á decirla, mientras haya grandeza y majestad en la humanidad que ora.

Sin embargo, era necesario pensarlo y decirlo, si la efusión de los dones de Dios estuviese arreglada por la necesidad y no por la libertad.

“La necesidad es implacable y sorda á los gritos de la desgracia, añade el Padre Monsabré, la libertad es la única que se deja conmover. Si Dios no fuese libre, tiempo ha que habríamos escuchado su voz, pronunciando estas palabras: callaos no me importunéis con inútiles quejas, no arrojéis á la nada vuestras oraciones y vuestras lágrimas, tengo las manos atadas, nada puedo hacer por vosotros.”

Lejos de ello: de los labios de Dios han salido estas consoladoras palabras: “Pedid y recibiréis.”

Es claro, entonces, que la plegaria, la oración humana, á la que es impelido el hombre por un sentimiento irresistible de su naturaleza, proclama la libertad de la voluntad divina.

Por último, la libertad es una perfección de que se gloria el hombre en la tierra.

Es quizá de más valía que la inteligencia.

“La inteligencia, dice el Padre Monsabré, hace á los hombres ilustrados y cultas á las naciones:



la libertad hace á los héroes, á los santos, á los mártires, á los grandes pueblos.”

“Por la inteligencia, agrega el sabio dominico, nada merezco; por la libertad puedo merecer todo y en definitiva si se rinde algún homenaje á mis luces es á mi libertad á la que se tributan, porque mi inteligencia nada hubiera hecho, si yo no hubiese querido libremente que ella se pusiese á la obra.”

Si el hombre goza de esa perfección, si puede decir—yo quiero ó yo no quiero—el ser perfecto no puede carecer de esta grandeza, de esta hermosura.

Lo que constituye la suprema perfección de la libertad, es la suprema independencia de su determinación.

En el hombre esta independencia no existe completa: su elección es obra de algún atractivo que hace inclinar á su voluntad más á un lado que otro, de alguna cosa que no es el mismo y que concurriendo con él hace también el papel de causa en las determinaciones humanas.

En Dios hay una independencia suprema: hay una distancia tan grande entre él y los seres que cría y que gobierna, que éstos no pueden tener

por su sola naturaleza atractivo para él, su bondad le basta.

Esta bondad es la única que lo determina á obrar; él mismo, él solo es la causa de su acto libre.

Dios, por lo mismo, es inteligente y es libre.

---

Hemos afirmado que Dios en su modo de obrar es enteramente libre.

Contra esta gloriosa afirmación, suelen presentarse observaciones de que debemos ocuparnos aunque sea brevemente.

El carácter esencial del libre albedrío consiste, según algunos, en poder elegir entre dos cosas contrarias: entre el bien y el mal.

Dios, jamás puede elegir el mal; en consecuencia, no es libre.

La primera proposición es inexacta por completo.

No es necesario, para ser libre, poder elegir entre el bien y el mal. Basta para serlo, decidirse á obrar ó á no obrar: á hacer una cosa, mejor que otra.

Leibnitz decía: “La verdadera libertad y la



más perfecta, consiste en poder usar, de la mejor manera, del propio arbitrio y de ejercer siempre ese poder sin que pueda ser desviado ni por la fuerza externa ni por las pasiones interiores: aquella hace esclavo al cuerpo, y las otras á las almas. Nada hay menos servil que ser siempre conducido al bien, y siempre por su propia inclinación sin fuerza y sin disgusto.”

Hacer, entonces, el mal, no es un perfeccionamiento de la libertad; sino más bien una deficiencia.

Y tiene que ser así: no es más perfecto en el orden moral, poder invertir la armonía de los fines, como no es más perfecto en el orden intelectual poder destruir la armonía de los principios.

El entendimiento tiene que proceder á deducir una conclusión, según los principios establecidos: si la deduce, turbando el orden de esos principios, llegará á conclusiones inexactas y esto indica su imperfección y su deficiencia.

Así sucede con la libertad: si puede elegir diversas cosas, pero guardando el orden del fin, la libertad será perfecta: si puede elegir, turbando ese orden, la libertad es deficiente.

No puede entonces decirse que la esencia de la libertad consiste en elegir entre el bien y el mal; entre dos cosas opuestas.

En Dios no hay deficiencia: ve el bien con clarísima mirada: la luz eterna no sufre sombras al rededor de ella; no conoce los deseos ni los apetitos que nos atormentan, no escucha la voz odiosa de las concupiscencias que nos humillan.

Dios no puede querer el mal, porque el bien, por esencia, no puede negarse él mismo,

Querer siempre el bien, y únicamente el bien, no es falta de libertad; es la perfección del más sublime albedrío.

La criatura humana nunca elige el mal como mal; víctima de las tinieblas que la rodean y de los apetitos que no puede dominar, pone el bien donde no está, ó más bien, lo aparta de su verdadero y eterno destino.

Su debilidad es la que hace ver el bien en donde no está: si, pues, lo sigue y lo busca, no es en el ejercicio de su libre albedrío, sino por la deficiencia, por la debilidad, por lo incompleto de su voluntad limitada.

Preciso es por lo mismo repetirlo: la libertad no consiste en escoger entre el bien y el mal; con-



siste en querer ó no querer, en querer una cosa mejor que otra.

La observación, de consiguiente, es insostenible.

Hay otro segundo argumento.

Dios es inmutable y eterno: lo inmutable y lo eterno repugna á la libertad, porque el acto libre, para que tenga el carácter de tal, debe tener la posibilidad de cambiar á cada instante y de mudarse al buen grado de aquel que lo ejecuta.

“La eternidad y la inmutabilidad, dice el padre Monsabré, no están ni pueden estar en desacuerdo con la voluntad divina.”

“¿Acaso, continúa el profundo expositor del dogma católico, porque tenéis inflexiblemente una vieja resolución, tomada en toda la madurez de vuestra sabiduría, sois menos señores de vosotros mismos, menos independientes de los hombres y de las cosas, menos gloriosos de vuestra libertad?”

“Y si suponemos que desde el primer instante de vuestra vida, habéis tenido la revelación completa de su duración, y de los medios en que debía desarrollarse, que consiguientemente á esta revelación habéis tomado con plena voluntad una determinación fija que deba preservaros de toda sor-

presa y de toda perfección, ¿será preciso decir, que tal determinación no es libre?”

“Esto sería, responde el sabio dominico, el colmo de la sinrazón: porque estar desprendido de las debilidades que nos ponen en la necesidad de reformar constantemente nuestro querer, es, si no me engaño, la más alta perfección de la libertad.”

Dios, ser eterno, no quiere, sino bajo las inspiraciones de su eterna é inmutable sabiduría: por ser eterno é inmutable, como su sabiduría, su voluntad es más libre.

Una tercera observación.

El Ser divino es necesario: luego el querer divino lo es también.

Por lo que mira á su infinita bondad, es evidente, como hemos tenido ya ocasión de observarlo, que Dios no puede dejar de quererse tal como es: amarse á sí mismo, es una necesidad en Dios.

Pero la voluntad divina no obra con la misma necesidad absoluta, respecto de las demás cosas que quiere.

Una cosa se dice necesaria de dos maneras: absolutamente y por suposición.

Es necesaria absolutamente cuando el predica-



do está en la definición del sujeto, como es necesario que el hombre sea animal, ó porque el sujeto es de la razón del predicado, como es necesario que el número sea par ó impar.

“Con esta necesidad absoluta, dice Santo Tomás, no es necesario que Sócrates se siente; pero puede serlo por suposición: suponiendo, continúa el Santo Doctor, que Sócrates se siente, es necesario que se siente, cuando se sienta, *necesse est eum sedere, dum sedet.*”

Dios necesariamente quiere á su bondad, como nuestra alma quiere necesariamente su felicidad, como cualquiera otra potencia tiende á lo que constituye su propio y principal objeto: así la vista tiende al color, *ut visus ad colorem*, dice Santo Tomás, *quia de sui ratione est ut in illud tendat.*

Es decir, se quiere necesariamente aquello que constituye el fin de quien obra. Pero no se quieren con igual necesidad las cosas que no son el fin, sino el medio para alcanzarlo, á menos que sin ellas ese fin no pueda obtenerse.

Así, el que quisiera la conservación de la vida, quiere necesariamente el alimento, porque es el medio indispensable para adquirir el fin que se

propone: el que quiere navegar, necesariamente quiere una nave, porque sin ella los mares no pueden surcarse.

Pero cuando esos medios no son indispensables para alcanzar el fin, no se quieren necesariamente:

“Por eso, dice Santo Tomás, cuando queremos pasear, no buscamos necesariamente un caballo, porque sin él podemos hacer el paseo, *sicut equum ad ambulandum, quia sine hoc possumus ire.*”

Claro es, entonces, que Dios quiere necesariamente su bondad, porque es su fin, y claro es, también, que no quiere necesariamente las criaturas, porque sin ellas puede conseguir su felicidad completa: sin las criaturas es dichoso: ellas no son medio para que alcance su felicidad.

Sin embargo, Dios las quiere necesariamente por suposición, ó lo que es lo mismo, las quiere con necesidad hipotética, es decir, en el supuesto que se determinó á crearlas, no puede haber dejado de tomar esta resolución y tal determinación es inmutable como su ser.

No puede negarse que hay un enigma sagrado, en el acuerdo de la libertad divina y de la necesidad.

Necesario es adorar en estas santas oscuridades



la majestad del Altísimo y esperar tranquilos el día de las tremendas revelaciones.

Pero la razón persuade de que Dios, no obstante de que es un ser necesario, porque El se ha dado el ser á sí mismo y de El dependen todos los seres, tiene que ser absolutamente libre.

Es independiente de todas las criaturas que han salido de la mano divina, y esta independencia es la razón más clara de su libertad absoluta.

Por otra parte, la libertad es una perfección, y como toda perfección tiene que estar necesariamente en Dios, Dios tiene que ser eminentemente libre, por más que no podamos con claridad combinar la necesidad de su existencia con la libertad de su acción.

Dios quiere libremente, pero esta libertad no tendría toda su plenitud, si encontrase en alguna parte un obstáculo irresistible.

Un Dios que no puede todo lo que quiere, no es un Dios.

Su voluntad libre, tiene que ser omnipotente.

En Dios solo, la voluntad y el poder son idénticos.

Dios quiere todo en el cielo, en la tierra, en los mares y en todos los abismos.

En el *cielo* en que brillan los astros, y en el *cielo* del alma en que la razón brilla, y en el que aparecen como estrellas luminosas nuestros recuerdos y nuestros pensamientos.

En la *tierra* inanimada en que germinan las plantas y se mueven los vivientes, y en la *tierra* de nuestro cuerpo cuyos movimientos parece que sólo obedecen á nuestro espíritu.

En el *mar* en donde habitan los monstruos y se levantan las olas, y en otro *mar* en que se agitan las pasiones y soplan los vientos contrarios de la libertad.

En los *abismos* en que están sepultados los tesoros y en donde se escucha la misteriosa voz de los torrentes, así como en los *abismos* del corazón en que se ocultan nuestros méritos y desde donde suben sin cesar nuestros deseos siempre insaciables: nuestra alma con todas sus facultades, quiera ó no, está sujeta al dominio soberano de Dios.

Puede contradecir á la voluntad divina con signos exteriores, pero por pendientes invisibles va siempre al fin propuesto por la sabiduría infinita y decretado por la omnipotencia divina. Por eso Faraón capitula, Pablo cae en tierra, Agustín llora y rompe las cadenas que ataban su corazón.



En el orden social, suelen preparar, de tiempo en tiempo, los incrédulos, con habilidad infernal y tenaz perseverancia, la ruina de las instituciones y de los pueblos que Dios ha tomado bajo su protección: un soplo baja del cielo, hace abortar los planes mejor combinados y la acción más próxima á realizar sus fines: á los obreros de Satanás, Dios sabe oponer á su tiempo hombres formados según su corazón, que hacen triunfar la justicia y el bien, en medio de pueblos asorados y corrompidos.

Dios hace todo lo que quiere: *omnia quaecumque voluit, fecit.*

#### TRINIDAD DE PERSONAS EN DIOS.

Dios no sólo es un ser inteligente y libre; es también un ser viviente.

Moverse espontáneamente es el principio de la vida; moverse libremente, es una perfección en la vida; obrar por sí, ser por sí mismo un acto sin movimiento, es la perfección de la vida.

Y esta perfección suprema existe en Dios, sin duda alguna.

Dios es la causa primera de todos los seres: los seres no pueden ser arrancados de las entrañas de la nada, si no es por una actividad infinita, que toma dentro de ella misma toda su fuerza creadora.

Si los seres vienen á la vida; si después de recibirla, la conservan; necesario es concluir que Dios, que los trajo á la vida, es un ser viviente.

Dios es la inteligencia misma, y la inteligencia es, dice el Padre Monsabré, el más alto principio de la actividad interna que puede concebirse.

En fin, la vida es una perfección, y como toda perfección creada inevitablemente supone en su línea la perfección increada, la perfección infinita, es indudable que Dios, que es el primer ser, debe tener la vida, que es una perfección en toda su plenitud.

Ya hemos visto, como se revela la vida íntima de Dios al contemplar, aunque sea de lejos, las operaciones de su inteligencia y las operaciones maravillosas de su voluntad soberana.

Pero no es en esto sólo en lo que consiste la vida de Dios.

Dios no es un ser solitario en su esencia: la fecundidad interna de su ser es un prodigio incomprendible.